

Para abstracciones. España y Breitschke. (El Día, Madrid, 13 marzo 1917).

«La Publicidad», de Barcelona, del día 10 de febrero de este año, me publicaba un artículo titulado: «Treitschke sobre España; para nuestros trogloditas germanófilos», en que recogía, traduciendo, y comentaba los principales pasajes de la «Política» de ese discípulo de Maquiavelo y el principal apóstol y profeta del prusianismo, referentes a España.

Parece, según me han dicho, que pocos días después un redactor, colaborador o corresponsal de «El Liberal», de Madrid, tuvo la ocurrencia de fijarse en los mismos pasajes del mismo Treitschke y darlos a la circulación. Ignoro si los tradujo tal y como yo los traduje.

Son aquellos pasajes en que primero Treitschke habla del grandioso idealismo político, que no cabe examinar sin temblorosa admiración, de aquella España que se desangró por el todopoderío—que, por cierto, apareció por errata cometida esta palabra: en «todopoderoso»—de la Iglesia Católica y cómo por ello se despreció la industria y el país se arruinó; luego aquel otro, en que dice, refiriéndose a nuestro pueblo, que los pueblos débiles y cobardes se van al fondo; y, por último, en el § 27, que las pretensiones de España a ser gran potencia son puramente formales y mera cuestión de vanidad, contrastando con las de Italia. Tales fueron los pasajes, fielmente traducidos, pues a conocer el alemán escrito no me ganan los asalariados que cultivan el embuste y el engaño, «more germánico».

Parece ser que esos pasajes treitschkeanos, a cuya difusión contribuimos primero yo y luego el desconocido colaborador de «El Liberal», fueron comentados en «La Acción»; y luego, en este mismo diario en que semanalmente colaboro, en este EL DÍA, se me invitaba a que terciase en la cuestión y echase mi cuarto a espadas o metiese baza en ella. Y está mejor lo de meter baza, pues que creo poder asegurar que el autor del suelto, un muy querido amigo y compañero mío, sabe cómo meto bazas y hasta cómo doy y cómo recibo—pero sólo los domingos del curso—codillos.

Y conste que si juego alguna vez al tresillo, es por vicio.

El autor del suelto, mi querido amigo, me recuerda cómo leía yo a Treitschke y lo citaba mucho antes de que, después de estallar la guerra, empezase a ponerse de moda citarlo, y no siempre habiéndolo leído, y cómo los dos tomos de su «Politik» figuraban lo mismo que siguen figurando, en lugar muy visible de mi biblioteca particular, al lado de tantas otras obras maestras alemanas, aunque más de religión y filosofía y literatura que de política.

Mi querido amigo y compañero conoce muy bien mi biblioteca, en que tan gratos y fecundos ratos de charla hemos pasado juntos, y conoce mi afición a la literatura y la filosofía y la teología y la ciencia germánicas. Mi afición a estudiarlas. Y ya antigua. Y respecto a Treitschke, ¡pocas tabarras le he dado sobre él, excitándolo a que lo estudiara como el más vigoroso y artístico de los expositores de la política imperialista y maquiavélica prusiana! Y eso cuando aquí, en España, apenas si se conocía a ese fuerte escritor.

Precisamente por aquellos tiempos en que estudiaba a Treitschke, a principios de 1913, año y medio antes de que estallara la guerra, denunciaba yo, entre burlas y veras, en el semanario «El Gráfico», discreteando con mi inolvidable Félix Méndez (q. e. p. d.) los peligros de la «Kultura» con K mayúscula, y me burlaba de ésta y de las papeletas a la alemana y de la ciencia reducida a estadística. Por cierto que ello me valió el que se me molestaran muy queridos amigos que entonces no veían la salvación espiritual de España sino en que ésta se germanizase y que hoy no se atreverían ya a sostener tal cosaza. Y me valió el que, poco después, en la «Gaceta de Francfort» («Frankfurter Zeitung») del 4 de abril de 1914, un señor L. Gold, de Madrid, publicase un artículo titulado: «Herr Miguel de Unamuno. Germanophobes aus Salamanka.» Y por cierto que el pobrecito señor Gold tomó en serio lo de aquel libro, que, equivocando un artículo alemán, atribuí a un supuesto doctor Meyer-Schmidt. Porque en esto del humor los compatriotas de Treitschke no andan muy al corriente. Es rosa que se les atraganta.

Como alguna vez he hablado de estas mis precipitaciones, no necesito volver a ello. Pero lo curioso es que equivocara el título de la supuesta obra, haciendo a España del género femenino, como en español es, y no del neutro, como es en alemán—en alemán, España, en efecto, es neutra: «das, Spanien», y no sólo neutral—, cuando tengo en mi biblioteca un libro alemán, de un Gustav Rasch, segunda edición de 1871, titulado: «Das künftige Spanien», esto es: «La España de hoy.» Libro en que se predica la conversión de España al protestantismo germánico. ¡Y yo, ligero español, espíritu estropeado por una lengua latina como es la nuestra, inteligencia poco metódica y nada disciplinada, no se me ocurrió siquiera acudir a tal libro para hacer más plausible mi humorística superchería!

¡Justo castigo a mi perversidad la-



tinizante! Si en vez de ser el que hoy llevo a ser un sabio, o a pretenderlo siquiera, reviento entonces del bochorno. Y bien que me palmoteó por ello el grave Herr Gold. El cual, además, me pluralizó convirtiéndome en ¡germanóforos de Salamanca! Y esto, como digo, en la «Gaceta de Francfort» del 4 de abril de 1914, número que guardo a disposición de los curiosos y que es una de las ejecutorias de que supe mádrugar y ver el peligro antes de que lo tuviésemos encima. Así como me envanezco de haber sido el que primero, año y medio antes de estallar la guerra, señaló la divergencia entre nuestra modesta, civil y humana cultura, con e minúscula, y la colosal, imperial y sobrehumana Kultura, con K mayúscula, de cuatro picos, a modo de caballo de frisa.

Y ahora, por lo que hace a Treitschke y a la temblorosa admiración—«schandernde Bewunderung»—que venía por la España del siglo XVI, la de la Contra-Reforma, la de Carlos I y Felipe II, la de nuestros Austrias o Habsburgos, es ea un prusiano muy natural. Porque aquella España que vertió su sangre por la idea política del todopoderio de la Iglesia Católica y que por ello se arruinó, era lo que hoy es la Prusia, que sigue las enseñanzas del maquiavelismo treitschkiano. Los españoles que entonces creyeran a pies juntillos que fuera de la Iglesia Católica Apostólica Romana no hay salvación para el alma, y que los herejes, infieles, incrédulos y paganos, por honrados y buenos que sean, se van derechos a arder por toda una eternidad en el Infierno, estaban excusados si se metían a querer salvar las almas a la fuerza y redimir a los pueblos a cristazo limpio; mas lo que no me explico es que traten de justificar y aun de reproducir en cierto modo, si pudieran, aquel imperialismo inquisitorial gentes que no creen, no ya en el Infierno, mas ni en la otra vida, ni en Dios, ni en el Diabolo. Nada nos repugna más que el que se tome a la religión como elemento artístico, como freno para el pueblo, o como arma política. La religión no es, como le decía el inolvidable «Clarín» a D. Francisco Silvela, un salto de agua. Y Cristo no es ningún jefe de la Guardia civil.

Pero estamos en tristes tiempos, y ante el desencadenamiento de la eficacia maquiavélica estamos viendo a políticos que predicaban el nuevo liberalismo a la inglesa, y la democracia y el parlamentarismo, convertirse a cierto absolutismo monárquico—o monarquismo absolutista—y al estatismo y al autoritarismo más antiliberales y más antidemocráticos. Son, acaso, consecuencias de la experiencia electoral. Así como otras experiencias convierten

de un cierto estatismo disciplinario a un cierto anarquismo relativo. Unos nos hacemos más liberales y otros más reaccionarios con los años y con las vicisitudes de la vida. ¿No es así, mi querido amigo y compañero?

Otros pasajes de Treitschke referentes a España merecen mención y espero comentarlos. Aquel en que dice que el duro y sombrío español es un fanático sometido al clero; aquel otro en que exclama: «¡Qué Reyes ha tenido la infeliz España! Desde Felipe II, sólo dos a quienes se pueda llamar, por lo menos, buenos hombres: Carlos III, que hizo el débil intento de una reforma, y, en nuestros días, el joven Rey Alfonso, muerto demasiado pronto.» Y ya que ha salido a colación nuestro tan discutido Felipe II, a quien en algún respecto me ha oído elogiar, y en El Escorial mismo, el querido amigo y compañero que aquí me aludía, bueno será recomendar a los que hablan de nuestra leyenda negra y atribuyen a la pérdida Albión, a la que no conocen, la supuesta falsificación de nuestra historia, que lean dos dramas alemanes: el «Don Carlos, Infante de España», de Schiller, y el «Egmont», de Goethe. Y luego, si son capaces, la historia de Inglaterra, desde Enrique VIII hasta el final de la Reina Isabel, de James Anthony Froude, el historiador de la Armada Invencible, o siquiera la obra que a esta Armada y a su desastre dedicó Richard Hale. Porque lo primero es enterarse.

Y lo digo porque parece que todo un señor académico hispanófilo y anglófilo que, ¡naturalmente! no sabe ni un inglés ni otra lengua que la suya propia, escribe en un habla que jamás se ha hablado, anda con eso de que Inglaterra se ha dedicado a enturbiar y falsificar la historia de España y a calumniarnos y forjar nuestra leyenda negra. ¡Pero, Dios mío, cuándo empezará la gente a querer enterarse!

Y todo esto lo digo con la autoridad que me da haberme puesto a aprender alemán hace más de treinta y cinco años; haber leído mucho, muchísimo, en esta lengua; haber estudiado a Treitschke cuando aquí y aun en Europa, fuera de su patria, apenas era conocido; haber denunciado el peligro de la kultura año y medio antes de estallar la guerra y por ello haber sido motejado de germanóforos—así, en plural—de Salamanca en la «Gaceta de Francfort» del 4 de abril de 1914. Y conste que para aquel bueno de Gold debió de ser legión. ¡Tanto bullo le hacía!—He dicho.

Miguel de Unamuno.

